

Centenares de Vidas se han Perdido Desde que se Creó el Primer Cuerpo de Bomberos

Los Fuegos de Estanillo, Belot, Planiol y la Ferretería La Reina, Ocasionaron Serias Pérdidas.—Casos Intencionales que no Tu- vieron Sanción.—El Agua no Faltó ni un Solo Momento.

Por CELSO T. MONTENEGRO

Especial Para EL MUNDO

El pavoroso incendio que redujo a pavesas en 1873 la conocida Plaza del Vapor, fué más que suficiente para que se creara en Cuba el primer cuerpo de bomberos que organizó y llevó a feliz término, el

desaparecido coronel don Aquilino Ordóñez y del Campo, aquel esforzado primer jefe de un grupo de hombres que desafiaban el peligro y se enfrentaban a diario con la muerte para servir a la humanidad. Desde entonces se han perdido cientos de vidas de bomberos que abnegadamente se sacrificaron. Es grato recordar que esos humildes servidores no recibían emolumento alguno por su gran labor. Sólo tenían como principio: defender con honor y con decoro a la institución. Así surgieron en 1895 los beneméritos bomberos del Comercio y los Municipales que en los primeros meses del propio año, tuvieron que hacer frente a los incendios que hicieron desaparecer la refinería de Belot, la cigarrería y almacén de Estanillo, el Rastro de Puercos (matadero) de la calle Campanario, la ferretería La Reina, los almacenes de maderas de Planiol, en el Paseo del Prado y otros tantos, famosos y de triste recordación para los habaneros.

Si los hombres destinados al servicio de extinción de incendios se multiplicaron y escribieron con heroísmo las páginas más brillantes de la historia de los cuerpos de bomberos de Cuba, como se desprende de aquel trágico día de conflagración en la ferretería de Isasi, no es menos cierto, que tenían eficaces colaboradores; si no, recuérdese aquel extraordinario equino de la bomba Virgen de los Desamparados, que al escuchar la sirena de alarma, era el primero en correr. Solo salía de su pesebre y se colocaba los arrees automáticamente. Entre los animales de su clase, se distinguió y sus hazañas fueron vivamente comentadas por la opinión pública.

Al evocar el pasado, el señor Francisco Martínez Hernández, uno de los fundadores de los Bomberos del Comercio, con lágrimas en los ojos, recuerda a sus compañeros caídos. Nos habla de su ingreso, en 1895, en la brigada destinada a la bomba Cervantes, cuando Don Pepe Jerez fundó las Camisetas Rojas.

Los dos Incendios de Estanillo

—Era un hecho cierto, —nos dice el señor Martínez— que Estanillo, rico hombre de negocios del siglo pasado, mantenía a diez mil familias. Dueño de una fábrica de cigarros, un taller de madera y de las tradicionales guaguas. Para el pueblo los dos incendios que destruyeron parte de sus negocios fueron intencionales. El móvil: rivali-

dades comerciales, seguramente. Así fué como en 1895 un voraz incendio destruyó la cigarrería y dos meses después, los talleres de madera. Durante cinco días se hizo visible la candela a varios kilómetros a la redonda. La táctica empleada por los bomberos, —la maestría de entonces pudiéramos decir—, evitó que el siniestro acabara con la manzana de casas de Monte y Matadero. Allí perdieron la vida, dos buenos compañeros, Samá y Rodríguez, y los daños pasaron de medio millón de pesos.

—¿En ese año ocurrieron otros siniestros?, —inquirimos del señor Martínez.

—¡Cómo no! El del Rastro de Puercos de la calle Campanario. Era el matadero de reses, y el incendio de la ferretería La Reina, donde resultaron heridas de gravedad varias personas. La labor de los bomberos en este incendio fué notable. Lograron aislar el voraz elemento y salvaron la farmacia de Aguila y Reina y el entonces tan visitado café La Diana; allí, donde en un maltrazo piano, Antonio María Romeu, dejó oír las notas de sus primeros danzones. Y



M

21

TRABAJO DE INVESTIGACION HISTORICA

la otra ferretería; la de Compostela y Merced, que fué grande por sus explosiones...

—¿Ocurrieron otros incendios?

—Muchos y notables. El de los talleres de madera de Planiol, situados en Prado y Genios, que duró cinco días, y el de la refinería Belot. Este último ocurrió en ene-

ro de 1895, en el propio Paseo del Prado.

—Algunos intencionales, ¿verdad?

—Bueno, puedo decirle que a fines de 1896 se declaró un incendio en la sombrerería de Monte y Antón Recío, donde murieron dos de nuestros camaradas. Hurgamos; habíamos localizado la candela, y en el interior del comercio ocupamos un aparato de acetileno, que el buen propietario del establecimiento había colocado para que sus planes no fallaran. La explosión que allí se produjo nos llamó la atención.

—¿Lo detuvieron?

—Sí, estuvo preso, pero días des-

pués quedó en libertad porque... cosas de la Colonia...

Agua... Mucha Agua Entonces...

El material de incendio contaba con excelentes bombas, entre ellas la Habana, la Colón y la Virgen de los Desamparados, que eran tiradas por caballos. No contaban con los adelantos de ahora, pero en cambio rendían una eficiente labor. Las mangueras eran conducidas en carros de auxilio, y no

faltaba en los siniestros la ambulancia sanitaria, en la que el doctor Aguilar, médico de grandes prestigios, atendía a los bomberos que sufrían de espasmo. Era el doctor Aguilar —nos dice el señor Martínez— uno de esos criollos excelentes, muy cariñoso y que sentía entrañable admiración por la institución.

—¿Había mucha agua entonces?

—preguntamos al viejo bombero, con 47 años de servicios.

—Mucha agua; no faltaba nunca. Claro que en cada incendio surgía la figura de don Manuel Illa, cuya labor consistía en comunicarse con Palatino para obtener mayor presión en el agua. Era el encargado

de cuidar de las cajas. Como que si faltaba, era necesario dar luego explicaciones precisas al capitán Marín, el bravo y decidido oficial que, con Aquilino Ordóñez, supo distinguirse en acciones de bastante peligro.

Se Discutían la Primacía

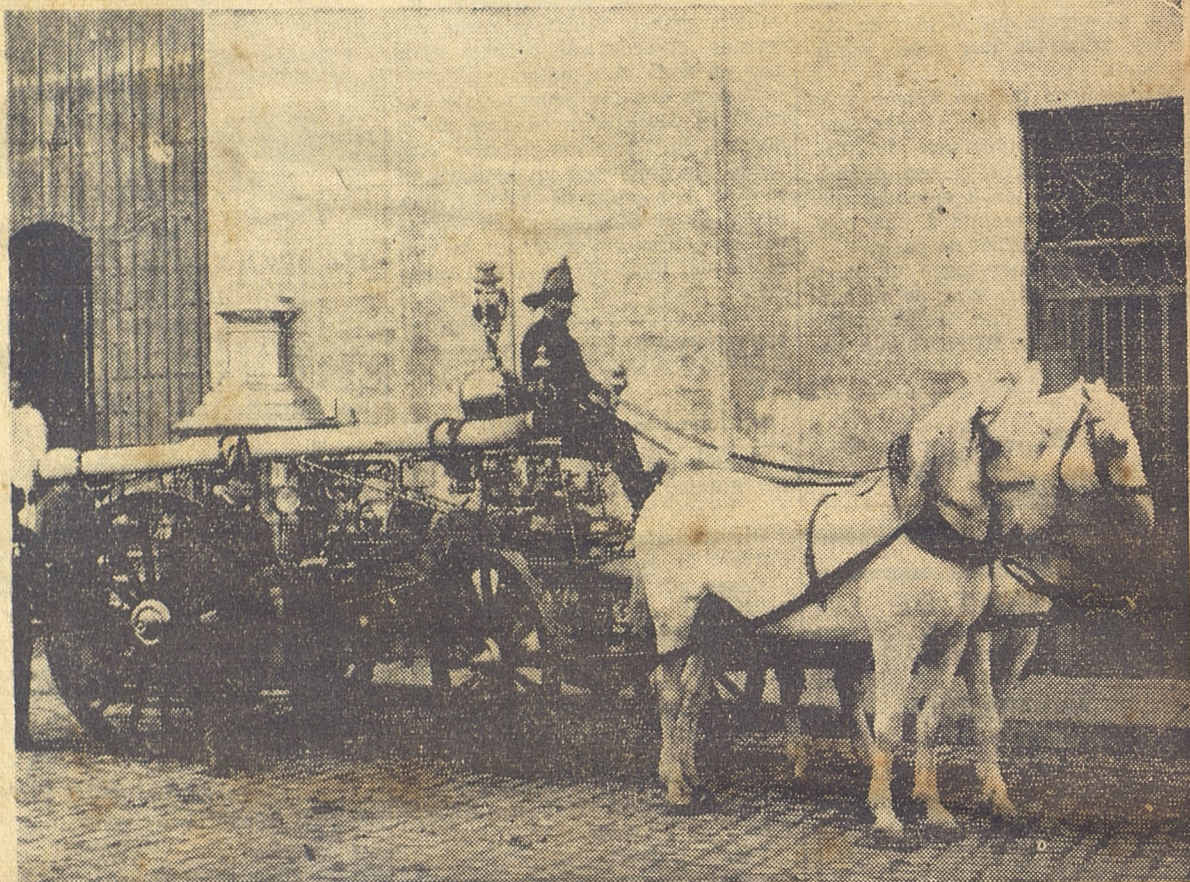
—El pueblo es el principal factor y es el que decide. Tal era en el pasado siglo, lo es ahora y lo será siempre. Los 600 hombres que

hoy quedan de los tres mil que formaban los bomberos del Comercio y los Municipales recordarán los días en que, al acudir a un incendio, se encontraban con que una buena parte del pueblo había tomado posesión de las cajas de agua, y no las entregaban a los bomberos, a no ser que fueran los de sus simpatías. Al cruzar el material de incendio por una de nuestras calles, los ciudadanos se apresuraban a llegar antes que los bomberos. Existía verdadera curiosidad por conocer por dónde se había propagado el fuego y sobre todo, quiénes serían los primeros en llegar. “¿Fueron los del Comercio”, decían unos; otros: “Los Municipales”. Efectivamente, hubo ocasiones en que, entre esos servidores de la humanidad, ocurrieron sangrientas riñas. El hacha y el pico hicieron estropicios en las cabezas de algunos bravíos bomberos. Además, el primero en llegar a la caja de agua, tenía un centén que la Municipalidad le regalaba como estímulo a su esfuerzo. Los gastos para el sostenimiento del cuerpo, los pagaban tres compañías de seguros, porque los cargos eran honorarios.

Hace pocos días, al reunirse los supervivientes de aquellos bravos, por cumplir los sesenta años de su fundación, al referirse a los Bomberos del Comercio, un alto funcionario judicial dijo: “Estos hombres que aquí véis, son los jóvenes del pasado, que sin más emolumento que un techo o una pared que cayera, defendían a la ciudad de La Habana del peligro que corría, ofreciendo como una recompensa, sus propias vidas...”



LA BOMBA HABANA LISTA PARA PRESTAR SERVICIO

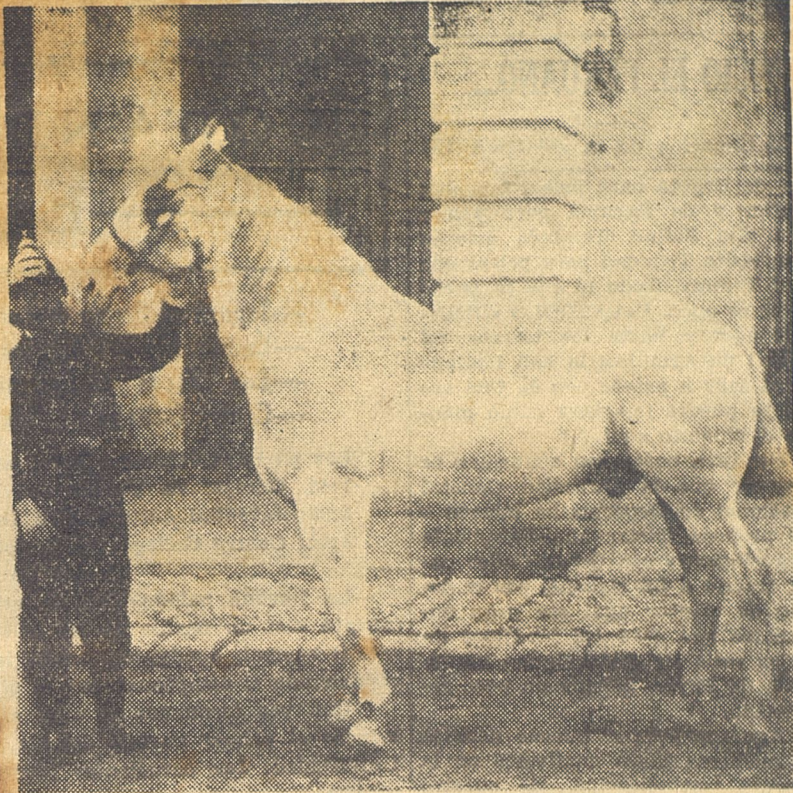


La conocida bomba **Habana** veterana en más de un centenar de incendios y que dió prestigio a la benemérita institución de los **Bomberos del Comercio**. La actuación de esta extraordinaria máquina fué siempre comentada. Cuando la sirena de alarma anunciaba un incendio era la primera en salir; y, la primera en llegar. Sus caballos, inmejorables, no tenían competidores.

h

3

CABALLO QUE GANO FAMA EN LOS FUEGOS



Un magnífico equino que cumplía su deber como si realmente fuera un bombero. El caballo de la bomba **La Virgen de los Desamparados**, que al sonar la sirena de alarma corría y se enganchaba— él solo,— automáticamente los arreos. Hubo ocasiones en que salió del cuartel sin esperar a su conductor. Fué tan inteligente que ganó justa fama entre otros de su clase.

BOMBERO DEL COMERCIO



Francisco Martínez Hernández, fundador de los Bomberos del Comercio, que ingresó en ese cuerpo en 1895.

EL FAMOSO FUEGO DE LOS ALMACENES DE ESTANILLO



Lo que sólo quedó en 1895 del famoso taller de Estanillo. Cuadrillas de obreros escombren el lugar, mientras en uno de los extremos de la calzada del Monte, próximo a la calle de Matadero, se ha situado un grupo de voluntarios españoles. Al fondo, sobre la única parte del edificio que no fué destruída, el alcalde español mostrando su bastón y un escribano, que hacía apuntes de los destrozos causados.

M. Pen 12/43



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA